



# Entre el amor a la educación y el miedo a la guerra

Disney García Fernández

CAT Ibagué - VII Semestre  
Lic. Lengua castellana

*Los sueños secuestrados,  
El sonido de las manecillas del reloj  
marcaba siempre la llegada a la escuela;  
y el zumbido de las balas el regreso a casa.*

Todas las mañanas los sueños se nos quedaban enredados en las ramas de los árboles cuando íbamos por el camino sangriento hacia la escuela, entre el espesor del barro. Todo nos decía que algo nuevo aprenderíamos en poco tiempo. Esos sueños fueron los que rescatamos a pesar de las circunstancias. Pocos fuimos los llamados a forjar un nuevo camino, aunque difícil de transitar, porque también tiene espinas, aunque puncen menos que las balas.

Si el tiempo se congelara repetiría la misma historia una y mil veces. Y no lo digo porque quisiera volver a vivir aquellos días de angustia, de miedo y de dolor, sino porque seríamos esclavos de un laberinto sin salida que tendría que vivir generación tras generación, atrapados en el olor fétido de la guerra y el esplendor del sol de las montañas cuando su reflejo traspasaba las enramadas para decirnos que posiblemente sería un día brillante y no escucharíamos el concierto de las balaceras entre las cordilleras que rodeaban la escuela.

## El paraíso de la infancia y la escuela del miedo

Yo era solo una niña, como todos mis compañeros de escuela de aquella época. Cursaba tercero de primaria cuando una mañana la profesora nos leía un apartado del libro “Juan Salvador Gaviota”; nos enseñaba el concepto de libertad a través de ese apartado, siempre a la expectativa, como todos los días que comentábamos nuestras

opiniones; de pronto el sonido que ya era cotidiano y se asemejaba con la pólvora de navidad y año nuevo, nos avisaba que la clase terminaría pronto. Cerrábamos puertas y ventanas de la escuela, entre abrazos y oraciones esperábamos que detonaran las balas y terminara la fiesta, para luego salir y emprender el camino a casa, arriesgándonos que algún monstruo apareciera y nos obligara a seguir sus huellas, con ese miedo titilante y su olor particular como nos dice la poeta María Mercedes Carranza en su poema “Huele a podrido”:

*....A tu alrededor, sin embargo, y a toda hora  
hay muertos que mueren de verdad,  
el aire huele a cosa sucia y podrida  
y la vida se vive entre las balas y el abismo.  
El miedo como un solo negro y derretido  
Se filtra en las habitaciones, ocupa los  
espejos.  
El miedo, ese viento que cierra puertas y  
ventanas.  
Hay rencor y hay asco en todas partes....*

¡Sí! Así era ese miedo que nos hacía cerrar puertas y ventanas de la casa, de la escuela, del corazón; pero, aunque puertas y ventanas cerradas él se filtraba en las habitaciones, ocupaba espejos, espacios silenciosos, su reflejo nos acompañaba todos los días y solo sentíamos olor a podrido, ¡daba asco sentir su aroma! El aroma de la guerra.

La escuela ya no se veía como un lugar maravilloso, ahora se había transfigurado, era un sitio desbaratado, lleno no de conocimientos sino de murciélagos que volaban y atrapaban el zumbido negro de aquella época para su alimento. Tuvimos que abandonar esa caja de mágicas paredes por una caja negra, una caja fantasma, llena de miedos y temores.

Leyendo recientemente el libro de Pilar Lozano, titulado “Crecimos en la guerra”, publicado en Panamericana en el año 2014, conformado por siete crónicas de las cuales la quinta crónica

titulada “Una infancia llena de miedos”, María Magdalena una niña de tan solo quince años narra la historia que le tocó vivir junto a sus hermanos y vecinos en medio del conflicto armado y en la cual menciona: “Hugo no halla la hora de tener vacaciones para correr al lado de su papá, recoger patilla, ver cómo crece el tabaco, ayudar en la siembra, ir al arroyo por agua para las matas recién sembradas. Pero sobre todo para estar con su papá. Le afana que salga solo al monte. Si uno va con los papás, no les pasa nada. Uno los protege. La seguridad con que lo dice y su ingenuidad de niño duelen. (pp. 133-133).



Es así como la escuela de aquellos días no fue como la describen varios teóricos de mundos diferentes, quienes no sintieron esa sombra grande y oscura que nos acompañaba cada mañana, un mar de agua azul celeste llena de tranquilidad que entre las olas lleva y trae paz interior cargada de sueños agigantados; pensando en ser médicos, abogados, arquitectos, aguas dulces y saladas; allí solo había agua amarga que no queríamos beber porque nos ardía, nos quemaba al resbalar por nuestra garganta. El encuentro con la escuela y la educación se fue convirtiendo en tala de esos bosques de anhelos de niños que en lugar de soñar con esas profesiones querían cambiar cuadernos por armas, libros por balas y estar al lado de su héroe en los campos de cosechas.

No leímos el libro “El principito”, ni todo el libro “Juan Salvador Gaviota”, solo cuentos de la selva ¡ah!; pero no cuentos de la selva de Horacio Quiroga, fueron cuentos de escalofriantes sucesos que contaban el canto de los pájaros y el sonar las chicharras al atardecer y al amanecer; cuando en cada sonido solo se escuchaba los sonetos tristes de su canto, como si los animales también supieran y se sintieron metidos ya no en la escuela si no en esa caja negra llena de lamentos. Ahora pienso que la maestra nos enseñaba en aquel día el concepto de libertad, pero ¿cuál libertad? La libertad solo existía en ese libro, porque a nosotros los niños de aquella época nos la negaban, nos

cortaban las alas cada vez que queríamos volar hasta la escuela.

Así pasaron los años, y los susurros de la guerra como esponjas nos absorbían los anhelos de volar, de volar alto como Juan Salvador Gaviota. Sin embargo, yo me escabullía de entre las redes como los peces escapan de la atarraya buscando libertad; ¡logré escapar a varias! ya estaba grande y empezaba a florecer, como la hierba florece en buenos campos cursaba noveno grado y las abejas de aquella época querían absorber la miel dulce que brota de las flores nuevas; ¡pero no! no podía dejar que se chuparan mi miel y la de tantas otras chicas de la época; el monstruo nos acompañaba todavía, aún era grande, escalofriante y olía feo, ahora se veía la caja negra más grande convertida en un cajón de abundantes espinas ¡era el colegio! Más cerca de las redes y expuestas a tantas otras cosas que llegaban con el pasar de los días; así entre noches grises y días oscuros llegaron con esperanza las cosas de la juventud.

### Foto en blanco y negro guardada en el baúl de los recuerdos

Quizás no he olvidado aquellos días, solo no quiero recordar algo innecesario, esas fotos a blanco negro que guardo en el corazón, aunque ahora se pinten de colores, su color gris permanecerá para siempre porque están guardados en el baúl de los recuerdos,



pero no en ese que guarda los recuerdos más preciados, son los asombrosos como lo menciona Emilio Bobadilla en su poema desolación: “¡Qué son sino recuerdos que lloran entre escombros, soledad en que brota la triste margarita, desfile fantasmático de trágicos asombros!”. Aquellos escombros que entre sus tinieblas cuentan a quienes no saben nada de aquel pasado que se llevó sueños e ilusiones de quienes empezaban a preparar sus alas para volar.

Ya para finalizar, la escuela, la educación, la cultura y los niños son los verdaderos protagonistas de la transformación del país y la construcción de sus conocimientos; ellos hacen parte del cambio, pero también de la frustración de sueños y metas que se van quedando regadas en el camino y al final del sendero se llega con las manos vacías. Pocos logran salir de allí, unos porque no quieren, otros porque les quitaron su libertad y el monstruo de la guerra los atrapó entre sus redes para no dejarlos salir jamás.

### Referencias bibliográficas

Lozano, Pilar (2014). *Crecimos en la guerra*. Bogotá: Panamericana.

Larrosa, Jorge (2013). *La experiencia de la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ospina, William (2018). *El taller el templo y el hogar*. Bogotá: Norma

<http://www.laraizinvertida.com/detalle-1141-11-maria-mercedes-carranza-dolencias-de-una-casa>  
<https://www.buscapalabra.com/poemas.html?palabras=recuerdos&cortos=no>

